

Marianne Braig

## ¿La *longue dureé* del populismo o el populismo como sombra de la democracia?

### 1. Algunas recomendaciones

Un fantasma merodea no solamente a América Latina. A pesar de los numerosos réquiems, el populismo declarado periódicamente muerto en América Latina, o por lo menos estilizado como “el concepto infeliz de una época”, que en vista a la democratización nadie quería volver a usar, pareciera volver a resucitar.

No solamente en América Latina, donde en la actualidad el venezolano Hugo Chávez es el más conocido de una larga lista de líderes populistas, sino que también en las democracias liberales estables coexisten junto a figuras de la derecha radical como Silvio Berlusconi o Jörg Haider, políticos más serios, en cuyas formas de actuar también se percibe un estilo populista de hacer política. La vaguedad parece ventajosa para la popularidad del concepto. Cuanto mayor es el nivel de popularidad tanto menor es la capacidad explicativa y analítica. Pero limitar el concepto al contexto latinoamericano no ayuda mucho. Allí no existe país que no haya experimentado con fenómenos populistas desde comienzos del siglo XX, independientemente de cuán autoritario o cuán democrático haya sido el régimen del que se trate. Por esta razón carece de sentido hablar de populismo en singular, ya sea como régimen político o como movimiento social.

Para entender las condiciones de posibilidad del populismo en América Latina y para iluminar su consabida capacidad de renovar su atracción, me parece conveniente considerar algunas recomendaciones (Puhle 2003) para no atascarse en la maraña de sus distintas formas de aparición:

1. No deben confundirse con una escenificación populista de la política ni con los movimientos sociales que organizan distintas clases en torno a la cuestión de la representación política y del bienestar social; ni a los regímenes políticos o los gobiernos que recomien-

dan determinados planes sociales y económico-políticos, que se espera contribuyan con el bienestar de vastas capas de la población, y que suelen denominarse populistas (nacional-revolucionarios o socialdemócratas). Esta escenificación puede relacionarse con cada forma de la economía política y con cada forma de la dominación política. Así, determinados instrumentos y estilos políticos pueden ser combinados con distintas políticas.

2. Especialmente deberíamos evitar igualar los regímenes populistas a un modelo de desarrollo económico específico; para Latinoamérica el modelo de la sustitución de importaciones. Varios historiadores (Collier 1979; Knight 1998) han mostrado que no existe una conexión evidente entre industrialización incipiente y regímenes populistas en los años treinta. Asimismo muchos de los “populismos clásicos” no se ven afectados por la crítica que iguala populismo con errores macroeconómicos o que los trata como puros populismos económicos (Dornbusch/Edwards 1991).
3. No deberíamos concebir al populismo como la antítesis de la modernización –como un asunto específico de caudillos, héroes y machos– sino como íntimamente relacionado a su crisis. Aquí deben considerarse distintas constelaciones históricas. Es útil diferenciar fases y formas “clásicas del populismo” (de los años 30 y de los años 60 del siglo XX) de los “neo populismos” recientes (años 1990), especialmente como consecuencia de la restricción de recursos, funciones y posibilidades de acción del Estado en tanto ejecutor de metas económicas y sociales.
4. Al mismo tiempo y dado que los estilos populistas no desaparecen con la formación y la estabilización de regímenes democráticamente elegidos, no deberíamos concebir al populismo y a la democracia como contrapuestos. Para Margaret Canovan el populismo es la sombra que siempre acompañará a la democracia. Asimismo éste se fundamenta en las dos caras de la democracia. Para ella:

... democracy presents two faces, one redemptive, the other pragmatic; that although these are opposed, they are also interdependent; and that between them lies a gap in which populism is liable to appear (Canovan 1999: 9).

5. El populismo no representa una tentación popular, sino la “apelación al pueblo”. La escenificación pública del “pueblo” recuerda a las repúblicas liberales de comienzos del siglo XX y en las democracias defectuosas de finales del mismo siglo, donde el poder político se fundamenta en la soberanía popular, pero al mismo tiempo a las posibilidades de acceso a los logros de la modernidad, es decir, de la democracia liberal, son limitadas para las masas populares. El pueblo abstracto, o el “nosotros, el pueblo” mencionado en todas las actas republicanas (Benhabib 1993: 101ss.), y que en tanto soberano tiene competencia legislativa, no es idéntico al pueblo concreto que debe atenerse a las leyes. La lógica de la identidad atenta contra quienes, a causa de su alteridad, se encuentran más allá de la lógica de igualación del “nosotros”. Esta violencia originaria, esta exclusión violenta, está oculta en el origen de cada república y vuelve en la forma de un hiato entre quienes nuevamente hablan en nombre de “nosotros” y sobre quienes se habla y se decide en su nombre (Benhabib 1993: 104).
6. El populismo es entonces un fenómeno no tanto vinculado a una época histórica específica, sino que el mismo puede reaparecer permanentemente, independientemente de un proyecto económico o político. Canovan (1981) habla de “un momento populista” para designar las condiciones afectivas de los grupos populares a quienes el nuevo orden social les mueve el piso. La pérdida de confianza aplasta a la sociedad política, que en América Latina está débilmente desarrollada.

## **2. El populismo como sombra de la democracia**

Con la transición en las últimas décadas se ha establecido una nueva generación política en América Latina, que en primer lugar no está a favor de una democracia representativa, sino que practica aquello que se designa como democracia selectiva, reducida o defectuosa. Ésta está determinada sobre todo por el estilo político de sus figuras líderes y por la vinculación de la legitimación del sistema político a la persona del presidente y a la posición preponderante de poder que le fija la constitución. Independiente de cuán “limpiamente” se desarrollen los comicios, con los cuales esta nueva generación alcanza el poder, las elecciones no les impiden cultivar un estilo despótico, arbitrario,

cuando no autocrático de gobierno. Como sus antecesores “del populismo clásico” esperan personificar a la nación y al pueblo, sin otorgarle espacio a las instituciones democráticas de control del poder. Bajo estas limitaciones padecen tanto la independencia del poder judicial como el parlamento y los partidos, e incluso la totalidad de lo público político, dado que llegado el caso las mismas podrían impedir al poder presidencial introducir las “reformas” de fundamental importancia (O'Donnell 1994: 55-69).

### **3. El problema de lo público**

Los repudios sociales —consecuencia de los programas de ajuste estructural de los años ochenta y noventa del siglo pasado— producen nuevas formas de desarraigo y de exclusión, que son tratadas recurriendo a un estilo de acción y a una retórica política populista. Al igual que sus odiados antecesores populistas, este nuevo tipo político se refiere al pueblo para imponer las “reformas necesarias”, que en la mayoría de los casos, se ejecutan a costa de ese mismo pueblo. Frecuentemente aparecen políticos con un pasado corrupto y con un estilo populista prometiendo romper con las políticas del estatus quo y ofrecen alternativas nuevas y modernas, incluso muchas de ellas de tipo comunitario y orientado hacia la sociedad civil (Braig 1999).

Como en otros momentos históricos del siglo pasado la disputa discursiva tiene lugar en torno a la carga imaginaria de los conceptos de progreso, modernización, reforma, revolución y sobre todo solidaridad y comunidad. Pero el espacio público en el cual se produce esta disputa está cambiando. Junto a los canales de comunicación clásicos, discursos frente a una audiencia masiva en las plazas o la comunicación directa con el pueblo en las calles, los medios masivos juegan un papel central. Mientras que la radio ya había abierto posibilidades que fueron utilizadas por virtuosas como Evita Perón, los nuevos medios permiten —al estilo de la producción de telenovelas— una adaptación permanente de las imágenes de los políticos a las circunstancias actuales, reescribir y cambiar el reparto de roles así como reinventar escenas útiles para un populismo “comunicativo” (Sarlo 1993). Nuevamente se ubica la comunicación entre el pueblo y el líder en el centro; sólo que la forma en la cual se comunica es diferente. Aun cuando la forma clásica de la aclamación, el líder en el balcón del palacio de

gobierno y el pueblo en masa delante del lugar central pierde significación, la misma no es abandonada (Eickhoff 1999; Hofmeister 2002). A la par de ésta surgen otras formas de escenificación de la comunicación directa cuyo potencial se ve amplificado por los nuevos medios.

A esto se le suma además –orientado hacia los EEUU– un nuevo fenómeno para América Latina: las encuestas de opinión. Para todo y a todos se les pregunta de forma directa e inmediata la opinión del pueblo. Sin embargo, al pueblo no se lo consulta en su carácter de soberano, sino en su carácter de consumidor a quien se le pide que opine sobre un jabón para lavar la ropa igual que sobre una política para reformar el seguro social. De este modo se constituye una democracia medial plebiscitaria, que no está asociada a una democracia representativa, pero que tampoco fomenta la participación política directa. No se trata de cogestionar o de cooperar, sino que las encuestas de opinión sirven para comprobar o para fortalecer la popularidad del presidente y para conectarla con la percepción de determinados políticos. Esta forma moderna de la aclamación pública se adapta muy bien a la revolución neoliberal, en tanto sirve a las antípodas de las formas políticas de representación, la cual se dirige a legitimar a la figura del líder, tratando a los ciudadanos como consumidores en lugar de tratarlos como sujetos del derecho y como actores sociales con derechos políticos. No solamente los medios y las encuestas juegan un papel en el propio país, sino que en un mundo descrito como global la resonancia internacional creciente produce un efecto de legitimación o la destruye.

Una lectura como la propuesta otorga mayor peso a los estilos políticos, a la retórica, a la escenificación y a la *performance* de la relación entre el pueblo y la figura del líder para entender al populismo que a otros factores, como por ejemplo, el modelo económico y las alianzas de clase. Seguramente se corre el riesgo de desarrollar una definición demasiado amplia del populismo. Canovan tiene razón en afirmar que hay un exceso cuando el hecho simple de referir al pueblo constituye prueba suficiente de su existencia (Canovan 1981). Si la confianza de las personas no se basa o sólo se basa parcialmente en las instituciones y en el respeto por los procedimientos, es decir, en la parte pragmática de la democracia, entonces la esperanza se concentra en las promesas de salvación de los Salvadores escénicos (*sic*), quienes sin duda pueden ser democráticamente elegidos.

Sin embargo, si las promesas de salvación no están asociadas a prácticas, como la gestión del bienestar social así como el reconocimiento o la promesa de respeto, entonces las figuras mediales del populismo comunicativo corren peligro de perder al pueblo y la legitimación de su poder. Hoy en día, si la comunicación entre el pueblo y el líder no incluye el reconocimiento, incluso jerárquicamente estructurado, se atorará menos en aclamaciones controladas y tenderá a caer en la despolitización de las encuestas de opinión y de los barómetros del *rating*.

### Bibliografía

- Benhabib, Seyla (1993): "Demokratie und Differenz. Betrachtungen über Rationalität, Demokratie und Postmoderne". En: Brumlik, Micha/Brunkhorst, Hauke (eds.): *Gemeinschaft und Gerechtigkeit*. Frankfurt/Main: Fischer, pp. 97-116.
- Braig, Marianne (1999): *Sehnsucht nach Legitimation. Zum Wandel populistischer Politik in Mexiko*. Berlin: Freie Universität Berlin (Habilitationsschrift).
- Canovan, Margaret (1981): *Populism*. London: Janovich.
- (1999): "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy". En: *Political Studies*, XLVII: 2-16. Oxford.
- (2002): "Populism, the Democratic Question, and Contemporary Governance". En: Mény, Yves/Yves, Surel: *Democracies and the Populist Challenge*. Basingstoke: Palgrave, pp. 25-44.
- Collier, David (1979): "The Bureaucratic-Authoritarian Model: Synthesis and Priorities for Future Research". En: Collier, David (ed.): *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton: Princeton University Press, pp. 363-398.
- Dornbusch, Rudiger/Edwards, Sebastian (eds.) (1991): *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago/London: University of Chicago Press.
- Eickhoff, Georg (1999): *Das Charisma der Caudillos: Cárdenas, Franco, Perón*. Frankfurt/Main: Vervuert.
- Hofmeister, Wilhelm (ed.) (2002): "*Geht mir einen Balkon und das Land ist mein*". *Politische Führung in Lateinamerika*. Frankfurt/Main: Vervuert.
- Knight, Alan (1998): "Populism and Neo-populism in Latin America". En: *Journal of Latin American Studies*, 30: 223-248. Cambridge.
- O'Donnell, Guillermo (1994): "Delegative Democracy". En: *Journal of Democracy* 5, 1: 55-69.
- Puhle, Hans-Jürgen (2003): "Zwischen Protest und Politikstil: Populismus, Neo-Populismus und Demokratie" (unveröffentlichtes Manuskript).
- Sarlo, Beatriz (1993): "Aesthetics and Post-Politics: From Fujimori to the Gulf War". En: Beverley, John/Aronna, Michael/Oviedo, José (eds.): *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham: Duke University Press, pp. 180-193.
- Werz, Nikolaus (2003): *Populismus. Populisten in Übersee und Europa*. Opladen.